

EDITORIAL ANDRÉS BELLO, 1997, 256 PAGINAS
salvajes contemporáneos o de los últimos dinosaurios, pero también la civilización evolucionada que buscaba el coronel Fawcett en la Amazonía, sin olvidar las bases sobre todo subterráneas de los extraterrestres, representan algunos puntos de un archipiélago de lo extraño que se ha imbricado en nuestro mundo.

La fascinación de la isla y el significado de la insularidad en tanto manifestación de la alteridad radical siguen en actividad. Se trata de una inclinación del espíritu que pertenece al patrimonio esencial de lo imaginario.

¡Están por todas partes!

Estamos lejos de haber agotado todas las posibilidades. La más inquietante es que *ellos* están entre nosotros, en la ciudad. No los distingue ningún signo exterior, o casi ninguno; se parecen mucho a nosotros, lo que los hace tanto más peligrosos. La comunidad está minada desde su interior.

Se trata de algún Otro que se ha apoderado de nuestro rostro (un extranjero, un extraterrestre), o bien de un miembro de la comunidad al cual le atribuimos un alma distinta, e incluso un aspecto físico en vías de volverse diferente. En este último caso, la alteridad normal se desplaza hacia formas radicales que la comunidad ya no puede tolerar. Fue, en particular, el caso de los judíos en la Alemania nazi o del enemigo de clase en el mundo comunista.

Y después, si se quieren encontrar seres diferentes a cualquier precio, nada impide dejar de lado las coordenadas espaciales. Por lo demás, es casi inevitable en el caso de los visitantes obligados a recorrer millones de años luz. Se puede también suponer la existencia de mundos paralelos, imbricados con el nuestro o situados en otra dimensión, lo que desemboca en la abolición del espacio clásico: una solución radical que resuelve todas las dificultades.

Muy complicada en apariencia, en realidad la teoría del hombre diferente es bastante simple. El Otro puede surgir de cualquier parte a condición de que se solicite su presencia. Si se desea, si lo llamamos, ni el espacio ni las vías de acceso serán un problema. Todo se someterá, dócilmente, a las reglas del imaginario.

El principio de elusividad

Desgraciadamente, no es fácil entrar en contacto con él. Dejando de lado a los seres comunes y corrientes a quienes a veces otorgamos los rasgos del hombre diferente, éste resulta ser tremendamente discreto. Un estado de gracia o un golpe de suerte parecen condiciones indispensables para disfrutar de su compañía, y es una aventura reservada a los iniciados o tocados por el azar. Se podría aventurar, parafraseando a La Rochefoucauld, que el hombre diferente es como los aparecidos: todos hablan de ellos, pero pocos los han visto.

Jamás hemos visto y probablemente nunca veremos a los blemis, los yetis o los extraterrestres paseando por nuestras calles. Parecen poco inclinados a enviar delegados a reuniones planetarias o interplanetarias, o a dejarse entrevistar en directo. En cuanto nos acercamos, huyen. La mayoría de los mortales sólo puede tomar nota de su existencia fiándose de testimonios.

Elusividad es la palabra propuesta para definir este interminable juego de las escondidas. Bernad Méheust la utilizó en 1978 para caracterizar el fenómeno de los platillos voladores. Jean Bruno Renard la retoma en una acepción más extendida; según él, esa "propiedad de ostentación y huida" corresponde "a todos los fenómenos misteriosos, desde las criaturas terrestres desconocidas hasta los extraterrestres, pasando por los fantasmas y las manifestaciones parapsicológicas".

Estamos en el dominio de las creencias. Nadie podrá demostrar jamás que el hombre diferente es un ser real. Tampoco nadie podrá demostrar su inexistencia.

¿Por qué?

La búsqueda del hombre diferente es una de las aventuras más fascinantes del espíritu humano. Inaprehensible y obsesionante, no nos ha abandonado ni un solo momento desde el comienzo de la Historia. Pertenece al núcleo duro del imaginario; vivimos en simbiosis con él. Pero, ¿por qué? La pregunta se descompone en múltiples elementos.

¿Juego o participación "real" en lo que llamamos "experiencia mítica"? ¿Sueño o hipótesis científica? ¿Artificio literario o perspectiva filosófica y religiosa? ¿Psicosis o comprobación de sensatez? La famosa réplica hamletiana deja abiertas todas las posibilidades: "Hay cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, que tu filosofía no alcanza a soñar".

En cualquier caso, nada es gratuito ni inocente, ni siquiera el juego o el sueño. Nos corresponde por lo tanto buscar un principio unificador.

De lo que se trata es de la condición humana "normal", condición confinada a un espacio biológico, intelectual, moral y social particularmente exiguo. Estamos programados desde el nacimiento. Los caminos se conocen por anticipado y no es posible escapar a las reglas, como no sea por intermedio del hombre diferente. Este expresa a la vez un sueño de regresión y una sed de perfeccionamiento. Situado a medio camino entre la naturaleza salvaje y el cielo de los dioses, el hombre es tentado en igual medida por los dos extremos de la existencia.

El universo primitivo lo seduce: rico y exuberante, desprovisto de restricciones, sus contornos son cambiantes y a menudo monstruosos. Es el mundo de antes del bien y del

mal, un mundo que no conoce los tabúes sociales sino únicamente las leyes de la naturaleza. El sexo y la sangre no padecen ninguna limitación. El incesto y la antropofagia no aparecen como crímenes, puesto que el crimen no existe. Su frecuencia devela pulsiones ocultas, inconfesables y reprimidas, recubiertas por el barniz de las civilizaciones, que se transfieren a sociedades diferentes donde nada les impide florecer. De este modo, se puede ser incestuoso y caníbal por interpósa persona.

Pero, por otra parte, frente al imperio de los sentidos se encuentra el imperio del espíritu. La naturaleza es objeto de repudio, todos los puentes hacia ella se rompen. El hombre quiere liberarse de la materia, aspira a sobrepasar su condición por la fuerza de su inteligencia y su alma. Es la vía de los conquistadores, los sabios y los santos. La dominación del mundo, el conocimiento del Absoluto o la elevación espiritual hasta la identificación con Dios son los grandes objetivos que se buscan con ayuda de modelos que sólo el Otro puede procurar.

A veces ocurre que estas tendencias contradictorias se encuentran. El dios y la bestia se asemejan en su rechazo a la mediocridad humana y en su sentido profundo de una libertad ilimitada.

Aunque de algún modo el hombre diferente no es más que el hombre real de modo vicario, la criatura, una vez depositada en el mundo, comienza a vivir su propia vida, reeditando la famosa historia de Frankenstein. Reflejo de nuestra conciencia, se convierte asimismo en entidad independiente. Comienza a poblar el mundo mientras lo buscamos desesperadamente para encontrar elementos de comparación. A menos que lo consigamos, corremos el riesgo de quedarnos solos para siempre, sin comprender nada esencial sobre nosotros mismos, sobre nuestro destino, nuestro lugar en el universo. Es absolutamente necesario romper los estrechos muros de la prisión en que está encerrada la humanidad; sin embargo, en presencia de un mundo inaprehensible e incontrolable el hombre experimenta sentimientos encontrados, curiosidad y temor, deseo e inquietud. La isla de los caníbales y el platillo